







Este libro fue realizado dentro del proyecto “Recuperando nuestras historias", a cargo de Arte en el Parque, A. C., en el marco del programa “Comunidades Juárez” financiado por Fundación del Empresariado Chihuahuense, A. C. y con el apoyo de Fundación Comunitaria de la Frontera Norte, A. C.

Agradecemos a quienes con su confianza y apoyo hicieron posible la realización de “Recuperando nuestras historias”:

Hágalo Home Center · S★Mart · GCC · Novamex · Jarritos · Fundación Rosario Campos de Fernández · ruba Llegaste a casa

arte en el parque Asociación Civil · FECHAC Fundación del Empresariado Chihuahuense, A. C. · comunidades Juárez participa • imagina • construye

Recuperando nuestras historias

ARTE EN EL PARQUE, A. C.



ARTE EN EL PARQUE, A. C.

Recuperando nuestras historias

MEMORIAS DE MUJERES DEL SURORIENTE DE CIUDAD JUÁREZ

RECUPERANDO NUESTRAS HISTORIAS

MEMORIAS DE MUJERES DEL SURORIENTE DE CIUDAD JUÁREZ

Arte en el parque, A. C.

Título: Recuperando nuestras historias. Memorias de mujeres del suroriente de Ciudad Juárez

Primera edición: 2022
© Arte en el parque, A. C.
Calle 20 de noviembre No. 4305 Los Nogales
C.P. 32340, Ciudad Juárez, Chihuahua
Impreso y hecho en México

Compilación de historias y escrito:
Jacqueline Nava
Marco López

Mediadora y mediador de proceso creativo:
Jessica Hernández
Marco Martínez

Fotografía:
Ogla Liset Olivas

Ilustraciones y diseño editorial:
Vania Rosas

Equipo coordinador de Arte en el Parque, A. C.:
Directora: Lizbeth Ruiz
Coordinadora de Gestión Cultural : Jacqueline Nava
Coordinador de Eventos Culturales: Daniel Martínez
Interventor Cultural: Erick Calvo

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de la obra ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización expresa y por escrito de los editores.

Los datos personales, documentos y fotografías recabadas fueron autorizados por las participantes, para uso exclusivo del proyecto.

Nota aclaratoria: Las siguientes historias son reales, sin embargo, algunos nombres han sido cambiados para proteger la identidad de sus protagonistas.

Conecta con nosotros a través de las redes sociales:

Blog: https://arteenelparque.com
Instagram: https://www.instagram.com/arteenelparqueoficial/
Facebook: https://www.facebook.com/arteenelparqueac

Y cuando me siento sola, cierro los ojos e imagino que es jueves y estoy aquí, sentada bajo esta sombra, viendo la cara cada vez más arrugada de las mujeres que me hacen reír después de llorar toda la semana.

Doña Conchita

ÍNDICE

Prólogo 9
Introducción 11

1. Una carta para ella 17
2. Platicar lo cotidiano 21
3. Rosario o el olvido 23
4. Oración 28
5. Margarita y el llano 29
6. Mercedes trata de sortear la soledad 32
7. No todos los hombres son malos 33
8. La obligación de migrar 35
9. Del perdón 40
10. Un camino hacia arriba 42
11. Sobre nutrición 46
12. Caminar 47
13. El corazón de Carmina 48
14. Doña Ángeles se enoja 49

Palabras del alma 50
Galería de fotos 51
¿Quién soy? 64

PRÓLOGO

La historia detrás de un títere

Un parque se convierte en un escenario vibrante donde se entrelazan las historias de mujeres valientes. Su presencia es un recordatorio vivo de la fortaleza humana y la capacidad de reírse de la vida. Con dedicación y pasión, estas mujeres aprovechan la oportunidad de crear sus propios títeres, otorgándoles nombres y tejidos de historia.

Los espectadores, que vemos todo lo que sucede en ese lugar, podemos confirmar cómo la resiliencia se manifiesta en ellas. Es el amor a la vida lo que las impulsa, la fuerza que las levanta en momentos de adversidad, la valentía para enfrentar los desafíos, y la belleza de una piel envejecida que guarda la sabiduría de años vividos. Las cicatrices, marcas indelebles de batallas libradas, son símbolos de triunfo sobre el dolor. La vergüenza, una vez superada, se convierte en un motor de crecimiento personal. La empatía y la bondad son sus armas para construir puentes y abrazar a otros en su camino. Pero, sobre todo, tienen la creencia inquebrantable de que, al final del día, siempre puede existir algo mejor esperándolas.

Sin embargo, lo más notable de todo esto es el vínculo que

están forjando entre ellas. Es el fuego que arde en sus corazones, alimentando su espíritu y su deseo de avanzar. Es conmovedor admirar cómo se apoyan mutuamente, compartiendo risas y lágrimas, celebrando los éxitos y brindando consuelo en los momentos difíciles.

En ese parque, se gesta un lazo tan poderoso que se convierte en una energía colectiva de empoderamiento y crecimiento. La historia detrás de un títere se teje con hilos de resiliencia, sororidad y amor a la vida. Cada jueves se escribe una nueva página de esta historia; quienes acompañamos el proceso, gozamos del privilegio de conocerlas.

INTRODUCCIÓN

El derecho de contar

Cada historia que se quiera contar está repleta de recuerdos, sensaciones y emociones. En cada objeto, espacio, lugar y persona se guardan miles de memorias. Dependiendo de la perspectiva desde la cual se miren, algunas pueden ser de éxito y otras de fracaso, pero todos somos portadores de historias. En esta ocasión, nos adentraremos para contar las historias de un grupo de mujeres mayores de 60 años que residen en el rincón más alejado de la ciudad, a unos 30 kilómetros del centro, en el suroriente de Ciudad Juárez, Chihuahua.

Estas mujeres poseen miradas llenas de sabiduría y se reúnen todos los jueves en un parque, sin importar las condiciones climáticas, con la única intención de encontrarse con sus amigas, pintar, reír, llorar, ser escuchadas, escuchar y, en ocasiones, bailar y discutir por los materiales con los que construyen sus títeres. Sí, estas mujeres recorren a pie entre 80 metros y 1.5 kilómetros para llegar al taller "Recuperando nuestras historias". Este taller tiene como objetivo transformar un proceso artístico en uno que refleje el amor, la empatía y la resiliencia que este grupo de mujeres ha experimentado a lo largo de sus vidas.

Hoy tenemos la fortuna de sumergirnos en lo más profundo de su ser y de leer fragmentos de su vida. En estas palabras encontraremos la lucha y el amor de cada una. Cabe destacar que ninguna de ellas nació en esta ciudad de migrantes, todas emprendieron un viaje desde el sur en busca de mejorar sus oportunidades, o al menos, soltar lo que ya no querían ser.

Estas memorias representan la realidad de muchos habitantes de este desierto. Mientras las conocemos, podemos imaginar la narrativa de nuestros abuelos, abuelas, padres, madres u otros familiares, así como de esos vecinos que vemos y escuchamos decir: "Aquí antes no había nada". ¿Cómo fue su llegada a esta ciudad llena de sueños y adversidades? ¿Cómo los acogieron? Pensemos en esas personas mayores que encontramos por las calles, en sus manos, en su forma encorvada de caminar y en sus gestos pronunciados, podemos vislumbrar un poco de su historia y de su fuerza.

Según la Asociación Americana de Psicología, "la resiliencia es el proceso de adaptarse bien a la adversidad". Desde su etimología, se refiere a la imagen de dar un salto y regresar a la forma original antes de una complicación severa. Sin embargo, lo que encontraremos aquí no es simplemente la resiliencia que nos devuelve a la "normalidad", sino aquella que nos mueve y transforma, aquella que nos permite nombrar nuestros dolores, exponerlos y resignificarlos. Este proceso adquiere un valor excepcional, especialmente porque se lleva a cabo en un contexto comunitario. Los dolores se vuelven parte de un grupo que comprende su importancia dentro de la comunidad.

La importancia de una historia radica en la importancia de todas las historias. Después de escuchar los relatos de estas

mujeres, podemos sentir su humildad y coraje al convertirse en protagonistas de lo más íntimo del ser humano: su vida. Este es el valor de crear comunidad, de saber que lo que se hace en un lugar tiene repercusiones en otro, que lo que le ocurre a algunas personas afecta a todas. Estas historias pretenden transmutar y llegar a aquellos que necesiten conocerlas. Aquí hay voces que desean contar algo y que han encontrado en un proceso artístico la mejor manera de compartirlo.

Jacqueline Nava



Una carta para ella

Sobre el suelo sin piso, apenas una superficie de cemento, se forma un pequeño charco que se alimenta de un hilo de aceite que cae directamente de la botella que la mujer mantiene en posición horizontal, con la seguridad que le brinda el tiempo. La autoridad adquirida al transitar por la misma cocina durante más de cuarenta años mantiene su muñeca en la misma posición durante tres segundos, lo cual equivale a dos cucharadas de aceite vegetal si la botella está por debajo de la mitad. Esa cantidad es suficiente para freír una tortilla y un huevo.

Después, gira su muñeca de vuelta hacia arriba y coloca la botella en su lugar, en ese espacio sin puerta dentro de la alacena. En realidad, cualquier lugar dentro de ese cajón de treinta por cincuenta centímetros serviría, ya que es lo único que guarda allí, aparte de una bolsa de frijoles, sobre la cual a veces coloca la botella de aceite. Se da cuenta de que el aceite no cayó en la sartén debido al humo que surge de la tortilla quemada a fuego medio sobre el metal oscurecido; no es por la mancha de aceite que se expande entre sus pies y le provoca un dolor profundo.

Siente cómo se le calienta la cabeza y cómo punza la vena de su sien derecha cuando retira la tortilla de la sartén y la coloca en el plato que tenía preparado. Toma el huevo con la mano izquierda, lo golpea en el borde de la estufa y lo deja caer, rompiéndose, en la sartén vacía junto con los pedazos de cáscara.

Aún con la cabeza caliente y la vena de la sien punzándole mientras se sienta a comer el huevo grisáceo mezclado con

cáscara sobre la tortilla quemada. Se dice para sí misma: "Eso te pasa por no concentrarte, vieja pendeja", antes de dar un largo sorbo a su café negro recién servido, todavía a 94 grados centígrados, temperatura a la que hierve el agua debido a la altitud de la ciudad.

El dolor distrae sus malos pensamientos. La boca quemada, la lengua, las papilas gustativas y, en menor medida, el dolor de su pie. Cierra los ojos no por un gesto instintivo de dolor, pues ya domina eso, sino por el orgullo de mantener las lágrimas dentro de su cuerpo. Todo lo que duele debe quedarse adentro, en lo profundo, piensa. Una gotita que amenazaba con brotar por su lagrimal humedece su pupila pero no llega a derramarse sobre el pequeño surco que se forma debajo de su ojo derecho, entre las líneas que se han vuelto profundas con el paso del tiempo.

Ya no piensa en el aceite derramado, ni en el huevo, ni en la tortilla, ni en su cuerpo cada vez más torpe, ni en sus ojos cada vez más cansados. Se concentra en la punzada de su sien y en el constante pinchazo dentro de su boca. En ese momento, siente algo muy cercano a la satisfacción. La misma sensación que ha experimentado muchas veces después de sobrevivir. Porque, ¿qué satisfacción puede haber mayor para una persona que la certeza de mantener su cuerpo vivo un día más o uno menos, dependiendo de hacia dónde quiera dirigirse?

Termina el desayuno y lava los trastes. Apenas utiliza un poco de jabón en polvo que esparce en un vaso de unicel con agua, lo revuelve y sumerge la esponja delgada y desgastada que recorre los platos en pequeños y débiles círculos. Aunque el dolor persiste en su boca, los recuerdos amargos vuelven.

Recuerda a la niña que lavaba los trastes cuando el hombre entraba y le gritaba, la regañaba, señalaba una mancha de

aceite en el piso, la golpeaba, le quitaba el vestido y la dañaba en lo más profundo de su ser, en un lugar que ella desconocía pero que palpitaría cada día a partir de ese momento.

Ahora sí llora, a pesar de apretar los ojos y también apretar las manos, clavando las uñas en la esponja delgada y desgastada. Limpia sus manos del jabón y las seca. Camina de regreso a la mesa, arranca una de las últimas hojas de un cuaderno casi vacío y escribe:

"Querida niña:

Quiero decirte que las cosas han cambiado mucho desde aquel día. Ahora al menos tienes una pequeña casa en la que cocinas y descansas. No siempre tienes hambre y el hombre que te lastimó hace muchos años ya está muerto. Te pido disculpas si en ese momento no pude defenderte, pero ahora lo haría. Durante mucho tiempo lo hice. Te quiero y cuido de ti. Dios no ha sido tan cruel con nosotras. Aunque somos viejas, seguimos vivas. Te compré un chocolate de esos que solo podías ver en la tienda".

Camina hasta su habitación y con gran esfuerzo, arrastra una caja desde debajo de la cama. Coloca la hoja junto con otras cartas dentro de la caja y se sienta en el colchón frente al espejo mientras abre el chocolate y lo lleva a su boca. Da el primer mordisco y cierra los ojos. Una lágrima recorre su rostro tan perfecto, se desliza hasta su barbilla y ella la limpia con la misma mano que sostiene el chocolate. Sonríe y recuerda que el jueves pasado, mientras pintaba su títere, se dio cuenta de que estaba dibujando el rostro de esa niña que fue y que ahora se ha convertido en una mujer fuerte. Aunque llore casi a diario, siempre termina con una sonrisa, una sonrisa de satisfacción al saber que, a pesar de que sus hijos no la visiten, no está sola. Y dice en voz alta: "Esas viejas feas, cómo me hacen reír".

Continúa disfrutando su chocolate, recordando que esta ciudad y la calidez de su gente le han brindado la oportunidad de pintar una sonrisa en su títere, algo que para nadie más tiene el mismo significado que para ella, algo que solo ella comprende. Vuelve a sonreír y recuerda que mañana es jueves. Se dirige a ese viejo cajón donde guarda su blusa favorita, la cual ya no puede usar debido a las arrugas que la han invadido. Saca una bolsa de plástico y coloca la blusa dentro, sabiendo que está lista para ser vestida por su querido títere, ese títere que construyó con sus propias manos. Sonríe nuevamente, satisfecha al saber que mañana será jueves.

Platicar lo cotidiano

En la colonia Cerrada del Parque, detrás de una franja de industrias maquiladoras, se ubica el parque Teresa Rojas. En sus instalaciones, hay una estructura de metal que proporciona sombra, y debajo de ella hay dos filas de mesas y bancos metálicos de color verde. Sobre uno de las bancos se encuentra un títere de color rosa, con el pelo de estambre negro y una camiseta roja con flores blancas. Se llama Panchito, y lo hizo Manuela, una de las mujeres mayores que asiste al taller de títeres. Mientras pinta un bigote negro en el títere, Manuela cuenta:

—Ayer mataron a Chuy.

—¿A cuál Chuy? —pregunta otra de las mujeres.

—Al de las segundas, el que ayudaba a hacer los mandados. Dicen que le dieron dos balazos.

—Ya sé cuál Chuy te refieres. El moreno que siempre estaba en las segundas, ayudaba a cobrar a los de los puestos, ¿no?

—Sí, ese mismo. Era muy amable.

—Sí, era muy amable, me ayudaba a cargar las bolsas.

— Lo van a estar velando en la funeraria que está aquí cerca.

—Deberíamos de ir.

—Sí, deberíamos de ir —responde Manuela y se queda en silencio pintando el bigote de su títere.

Una niña que acompaña a su abuela, le ayuda a colocar los ojos a su títere. Sin dudar se une a la plática de las mujeres y dice:

—El otro día mataron a una muchacha ahí por mi casa, poquito más para allá, para el CBTIS. Bueno, la dejaron ahí.

—Está muy fea la violencia otra vez —responde su abuela.

Con el sol del mediodía calentando el ambiente, las mujeres dejan la conversación y se concentran en su trabajo: pegando estambre, pintando unicel, colocando ojos, dibujando bocas. Se preparan para asistir al funeral de Chuy, el amable joven que solía ayudarles a cargar las bolsas.

—Apenas la semana pasada lo vi ahí en las segundas, siempre me decía: «no me regañe» y se reía a pesar de que algunos lo trataban mal. Siempre parecía contento —comenta Manuela antes de guardar sus cosas y partir.

—Es que su mamá lo abandonó —responde alguien.

—Ya vámonos entonces.

—Sí, vámonos. Que Chuy vea que estas viejitas si lo queríamos. Era un poco loco, pero muy buena persona.



Rosario o el olvido

A Rosario no le gusta recordar. El pasado se le presenta como una daga dolorosa que se clava en forma de memoria. Es el disfraz inocente que oculta los peores miedos, la vergüenza en su forma más absoluta e imponente. La vergüenza que ha existido desde el principio de los tiempos, supuestamente discreta pero capaz de cubrirlo todo: el pensamiento más ligero, el proyecto más inocente.

El dolor, por supuesto, se multiplica cuando se trae del pasado. Es como el cadáver aparentemente inerte que se levanta para llegar de manera lenta y firme al presente. Ese momento tan efímero que, justo ahora mientras lees esto, ya ha pasado. Es el desequilibrio abismal entre lo que fue, lo que es y lo que no es. El dolor es desenterrar algo que se creía muerto, cada vez que se recuerda. Y después, se debe realizar la ceremonia luctuosa: vestir el recuerdo, peinarlo, maquillarlo, velarlo una vez más y enterrarlo en algún rincón profundo de la memoria. Para Rosario, este proceso es tortuoso, una obstinación indolente de hacerse daño a sí misma sin una razón aparente.

En ese entonces, Rosario tenía diez años. No sabe cómo ni sabe por qué —y la verdad es que con el tiempo aprendió que es mejor dejar de preguntárselo— pero sabe que su mamá la vendió, la cambió o simplemente la abandonó en un rancho de algún poblado entre los límites de Oaxaca y Veracruz. Ella era consciente de que habitaba un lugar al que no pertenecía, o al menos no debería pertenecer de manera natural ninguna persona. No en las condiciones en las que ella se encontraba.

Rosario poseía un cuerpo delgado y aparentemente frágil, pero sus piernas eran largas y fuertes como para recorrer diez kilómetros al día, yendo y viniendo siete veces al pozo con una cubeta de agua. Además, eran capaces de sostener su propio peso y el de una recién nacida a la que debía cuidar como si fuera suya. Para Rosario, esa pequeña criatura era lo más parecido a una muñeca, pero una muñeca envenenada.

Antes de la llegada de la bebé, Rosario solía imaginar con cierta ilusión el día en que la puerta de la casa se abriera para ella, en tener tal vez un espacio propio, en pertenecer a la familia. Se preguntaba si sería posible. Sin embargo, la vida seguía su curso, con la rutina diaria que enterraba esas ilusiones, manteniéndola confinada en la habitación externa destinada al personal del servicio, donde ella era la única ocupante.

Se resignaba a vivir en el mismo espacio para siempre, presenciando el triste destino de las vacas que sólo salían del corral para ser montadas por un toro. Era un acto violento y desolador al que los hombres observaban como un espectáculo hilarante.

Sin embargo, todo cambió con la llegada de la niña recién nacida. En el rancho se decía que la mamá de la niña se había enfermado de tristeza. Rosario comenzó a pensar en las vacas, en la mirada triste que tenían cuando regresaban al corral después de ser montadas. Sus ojos parecían vidrios derretidos. Y luego estaban los becerros, con sus patas temblorosas y sus hocicos curiosos.

—¿Y si a la mamá de la niña le hicieron lo que a las vacas?— exclamó Rosario. —Y en todo caso ¿qué culpa tengo yo?, ¿por qué tengo que hacerme cargo de esa cosa? Es más fácil cuidar un becerro.

Dijo eso porque un becerro, que había nacido ciego, los

hombres lo ataron a un árbol para evitar que se lastimara al chocar contra una pared o caer por un barranco. Rosario lo desataba ocasionalmente, ya que el ixtle le causaba heridas en la piel. En su lugar, le colocaba una campana para poder escuchar si se movía mientras ella iba por agua y comida. Le daba leche en una tetera, ya que a veces no encontraba la ubre de su madre. Lo acostaba y colocaba su cabeza entre sus piernas para alimentarlo con el biberón, que se terminaba en apenas dos grandes succiones.

Quizás por esta razón, los hombres llevaron a Rosario a la casa y le asignaron una pequeña cama junto a la cuna. La responsabilidad de cuidar a otro ser humano recayó completamente sobre ella, dejándola sola, como a una vaca en el corral.

La recién nacida lloraba constantemente, durante todo el día. Se dormía cuando Rosario salía a trabajar con las vacas, pero se despertaba cuando Rosario necesitaba descansar. La bebé defecaba mucho, comía mucho y lloraba mucho, mientras dormía muy poco. —¿Cómo es posible vivir así?— se preguntaba Rosario.

Pasaron dos meses y Rosario apenas lograba conciliar unas pocas horas de sueño. Se sentía exhausta. A veces, mientras regresaba a los establos con agua para las vacas, pensaba que en cualquier momento podría desplomarse, que su corazón podría detenerse y que sería lo mejor que le podría suceder, permitiéndole finalmente descansar.

No obstante, su cuerpo continuaba en movimiento, impulsado por pura inercia. La mente de Rosario era un torbellino desde hacía días. Pero en medio del caos de imágenes que iban y venían, en medio de esa pantalla negra que lo envolvía todo cuando se sentía aturdida, Rosario lograba distinguir una voz que discutía algo muy claro. "Es la

niña o eres tú, Rosario", escuchaba esa voz susurrándole cerca del oído.

Es de madrugada cuando el llanto la despierta un día, como había sido costumbre en las últimas semanas. Rosario, exhausta, se levanta de la cama y toma la almohada. Camina hacia la cuna sin dudar y coloca la almohada sobre la cara de la criatura, presionando. Nuevamente la voz se hace presente. Ahora, Rosario puede ver la figura de un hombre en la habitación, que le ruega que suelte la almohada, que no lo haga. Le dice: "Es mejor que te vayas, corre, vete lejos". Rosario obedece y todavía puede escuchar el llanto de la bebé cuando se voltea y ve una luz encendiéndose en la casa. La casa que deja atrás para siempre. Corre y se aleja durante horas, hasta que finalmente no puede más y se desploma. Despierta en una casa desconocida, donde la alimentan y le permiten descansar. Sin embargo, en cuanto tiene la oportunidad, escapa de allí. No deja de huir hasta que muchos años después llega a Ciudad Juárez. Se siente cansada de huir y decide comenzar lo que la gente llama una "nueva vida". Pero no le gusta mirar hacia atrás, no le gusta recordar.

Pasó mucho tiempo hasta que Rosario tuvo la oportunidad de entrar a una iglesia. Detrás del altar, reconoce en la figura central al hombre que le pidió aquel día que dejara a la niña y huyera del rancho. Ahora, Rosario sólo sabe que una noche se le apareció el hijo de Dios y desde entonces confía en él. No confía en la memoria, sino en su fe en Dios.

Rosario conversa con él todos los días, no como un rezo o una oración, sino como se platica con un amigo, alguien que está cerca y que responde. —El otro día me dijo que tenía que ir a una casa para ayudar a un enfermo. Fui al lugar que me dijo, resultó que había una persona que tenía COVID, le dije que quería ayudarlo, y estuve yendo cada día. Lo cuidé hasta que sanó —menciona Rosario.

—Es necesario olvidar. La memoria no sirve para nada, —en eso hace una pausa, sonríe y dice: —esa niña ahora es grande y ha ayudado a muchas personas. Imagínese si yo me hubiera muerto en ese rancho, no hubiera podido conocer a quienes hoy conozco, no hubiera podido tener mi casa, ni tampoco trabajar. Sí, viví algo que no se lo deseo ni a mi peor enemigo, pero eso me hizo ver que yo no quería vivir así. Por eso cuando llegué a Juárez, ví que podía trabajar limpiando casas, porque es lo que yo sabía hacer.

—Acá no había vacas como en el rancho, pero empecé a trabajar con una señora muy buena que hasta la visa me arregló, y me llevaba a limpiarle la casa a sus amigas de El Paso. Ella me ayudó mucho, compré mi casa, tuve mi hijo y fíjese, ahora mi hijo es ingeniero allá en Monterrey. Mi vida empezó mal porque nací donde no debí nacer, pero ahora cuando llego a mi casa, platico con mis plantas, me compro una gordita con Doña Kika y la como en mi sillón de esos que se reclinan que me trajo mi hijo, prendo la tele y puedo sentir ese descanso que creí que nunca tendría. Yo quiero mucho a Juárez y siempre ando ayudando a las personas que llegan buscando una mejor vida, yo les digo que ¡sí se puede!, que dejen atrás su pasado y trabajen mucho, que aquí habemos personas buenas con pasados difíciles pero que podemos ayudarles para que puedan descansar.

Oración

Isabel tiene 73 años, hace más de diez años que vive sola. Ella piensa que lo más importante en la vida es tener fe en Dios, incluso en momentos duros como la muerte de un ser querido.

—Todos vamos para allá. Y Dios da el consuelo siempre. Si uno le pide de todo corazón puede curar todo el sufrimiento.

—Y siempre habemos unos que nos quedamos vivos, hay que tratar de cuidarnos para honrar a nuestros muertos. Es importante hacerles oración para que nos ayuden y ellos estén en un buen lugar. Yo pongo la foto de mis muertitos, les rezo para que me cuiden y para que no se pierdan porque si uno no les reza hay muchas almas que se pierden.

—Yo tenia mi esposo, él era bueno pero le dio cáncer. Él no me dejaba trabajar porque cuando nos vinimos del rancho, allá de Torreón, supimos de una mujer que habían matado cerca de donde rentábamos. Se asustó mucho porque ese día estábamos esperando la ruta y vimos cuando llegó la policía y empezaron a mover a la pobre señora. Él mejor me dejaba en la casa.

—Dios nunca nos dió hijos pero sí vivimos bien y felices, nos gustaba ir a bailar y hasta tomábamos juntos. Mi familia hablaba de mí porque yo tomaba con él, pero hasta me invitaba para bailar y tomar.

—Cuando se enfermó yo sufrí mucho, era mi compañía, él trabajó mucho para darme buena vida, se lo entregué a Dios para que ya no sufriera y ahora él me sigue acompañando desde su paraíso.

Margarita y el llano

Exiten lugares que son protagonistas en nuestras memorias. El llano donde tus pies infantiles dejaban su huella era uno de ellos. Caliente y bronceado como el infinito, excepto por una sola bajada lejana que parecía el fin del mundo cuando tenías cinco años. El río que lo atravesaba le daba vida con su ruido de agua bravía, como una voz inconforme, como si estuviera molesto de seguir ese camino una y otra vez. Pero al final, siempre estaba revuelto y agradecido de moverse en las tardes que dejaban caer un sol enorme e imposible, igual que tus sueños nocturnos que acortabas con la prisa de despertar cada madrugada.

Siempre tienes cinco años, un ciclo diario de un recuerdo a la hora de la cena. Siempre es el mismo llano, el mismo río, y siempre eres la misma niña a las siete de la tarde con la primera cucharada de la cena.

Quizás sea el aroma que desprende el plato de frijoles cuando, aún con una estela de vapor, le añades chile jalapeño picado en cuadritos, luego tomate y después cebolla. O tal vez sea el queso que se parte con el cuchillo más grande. O las tortillas de harina en el comal, o el café. Todo esto te transporta a diario al rancho de Durango, como si aún estuvieras allí, a pesar de haber pasado más de cincuenta años.

Recordar el llano, correr hacia arriba y hacia abajo, jugar con otros niños a contagiarse de la "roña" cuando se tocan, perseguir becerros y perros, rodar en un bote cuesta abajo. Los días de inventar, imaginar y reír se quedaron grabados en

ese llano del rancho, en el que ahora piensas constantemente.

—¿Seguirán los primos en el rancho? — piensas y te da risa de imaginarlos ahí, viejos y sonrientes con sus dientes o lo que quede de ellos, persiguiéndose unos a otros a paso muy lento. No, imposible que la vida se detenga. Es sólo un recuerdo y es probable que no quede ningún primo en el rancho porque los integrantes de la familia, cumplida cierta edad, migran hacia Estados Unidos y trabajan para mandar dinero a sus madres hasta que mueren las madres, pero siguen trabajando, aunque no manden dinero hasta que mueren también ellos.

Es sólo un recuerdo y pensar en él todo el tiempo te hace daño. Porque ya no estás allá.

—Crié, fíjese bien, tres hombrecitos, desde que nacieron hasta que quisieron estar conmigo. Y los eduqué bien. No pude darles estudio porque siempre fui yo sola, y trabajaba limpiando casas. Sólo su primaria, pero tampoco se puede decir que son malas personas, al contrario, los eduqué muy bien y me salieron bien trabajadores, ninguno anda en drogas y tienen sus familias a las que se dedican.

—Hace mucho tiempo que no vienen a visitarme. Pero yo los entiendo, lo que pasa que tienen mucho trabajo. Pues sí, para eso los eduqué, para qué me quejo ahora.

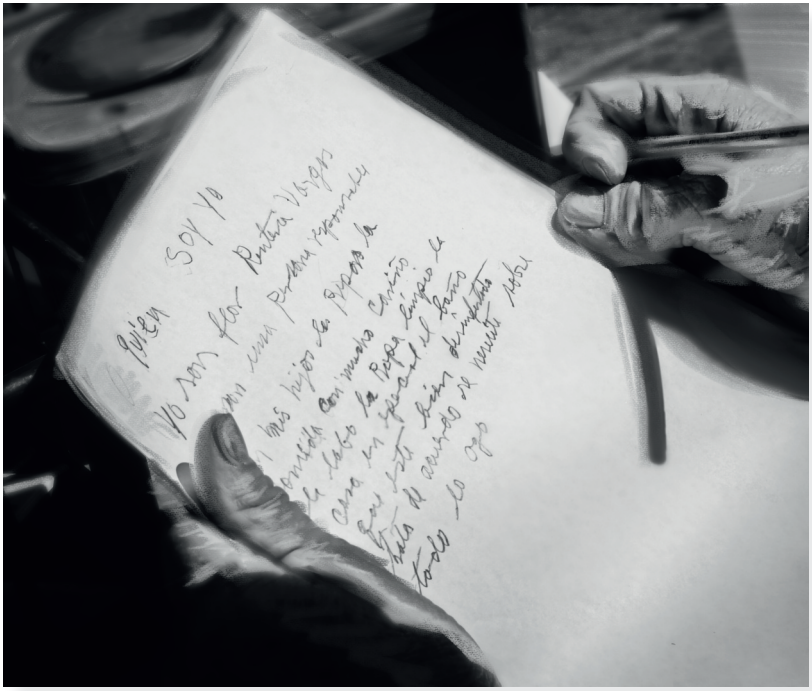
—A mí ya nadie me da trabajo porque perdí toda la fuerza de mis manos. Un día no pude exprimir el trapeador. Sentí que se me iban todas las fuerzas y que mis manos estaban todas lacias, caídas, como flores muertas. Y desde entonces las fuerzas no volvieron. A veces me duele tanto todo el cuerpo que no me levanto en todo el día. Pero no les digo a mis hijos para que no se preocupen.

—Ellos trabajan mucho y tienen sus familias y sus problemas. A mí me compraron esta casita, entonces no pago renta, era el puro pie de casa, pero ahí de a poquito la fui

dejando mejor. Mis hijos me mandan mi dinerito, le digo que son buenos hijos, a veces que me enfermo tengo que comprar mis pastillas y me quedo sin dinero para comer, pero estás dos señoras no me dejan, siempre me llevan el taco y cuando yo tengo, yo les comparto.

—Mis hijos, uno me da quinientos pesos, otro a veces que trescientos, el otro a veces me manda doscientos y ahí de a poquito, una ya no necesita mucho. Ellos tienen sus hijos y yo prefiero que les compren a ellos sus papitas y sus cosas para la escuela.

—Yo he vivido agusto aquí, pero sueño con poder regresar al llano, a mi rancho y poder imaginar qué hubiera pasado si nunca me hubiera salido de ahí.



Mercedes trata de sortear la soledad

Mercedes tiene 65 años, es de Canatlán, Durango. Llegó a Ciudad Juárez hace 32 años.

Antes me gustaba mucho Juárez pero ahora ya no, con toda esta violencia ya me quiero ir para mi rancho. Ya no vivo agusto porque mis hijos están en peligro, salen a trabajar y me quedo muy triste por tantas cosas malas que pasan. Los primeros años que viví los viví muy agusto pero ahora todo el tiempo tengo como nervios, como depresión.

Llegué yo creo como en el ochenta porque tengo un hermano que trabaja en el Tec, y nosotros nos venimos porque no teníamos ni qué comer allá. Mi esposo sembró ese año pero no levantó nada, no hubo cosecha, y nos tuvimos que venir para buscar trabajo.

Nos venimos de arrimados, donde quiera nos corrían, batallamos mucho pero después mi esposo entró a trabajar en la central camionera, mi hijo entró a una maquiladora y yo trabajé también en una maquila de arneses.

Yo vine acá con la ilusión de trabajar para salir adelante, y pues batallamos mucho pero nos dieron un terreno aquí y levantamos una casa. Mis hijos ya se casaron y ya se fueron, me dejaron solita, aquí vivo solita, porque mi esposo está en El Paso. En mi casa me la paso llorando, por eso me vengo para acá al parque para no estar solita, aquí me siento mejor porque platicamos, comemos y nos reímos de las ocurrencias.

No todos los hombres son malos

Soy del sur, allá de un pueblo que ni su nombre quiero decir. Nací en una familia muy pobre, a los cuatro años, yo me acuerdo mucho, el papá de mi papá me decía que le diera besos en su miembro. Yo no sabía que hacía, era una niña, le hacía caso porque me daba un higo cuando me llenaba de esa cosa blanca que sólo de acordarme se revuelve mi estómago.

Ese señor murió y cuando crecí y me fui desarrollando, mi papá empezó a cobrarle a sus amigos para que vieran como me bañaba. Algunos me tocaban y hacían cosas conmigo; yo al principio lloraba, ya después ni las lagrimas me salían. Mi cuerpo era como la plaza, todos los del pueblo lo conocían y cada que uno quería tenerlo; sólo bastaba con que le diera dinero o algo a cambio a mi papá. Él era borracho, decían las vecinas que se dejó caer en el vicio cuando mi mamá murió, pero yo no recuerdo cuando pasó eso.

Yo lavaba la ropa en un lavadero de puro concreto, muy duro, vea aún tengo cicatrices porque hasta me sangraban las manos, lavaba ajeno para que mi papá tuviera dinero y no me llevara a sus amigos. Un día me subí al tren y juré nunca volver.

Llegué a Durango y ahí conocí a un hombre que parecía bueno. Me quedé a vivir con él pero me golpeaba y me hacía las mismas cosas que me hacía mi papá. Yo tomaba una hierba cuando sentía que estaba embarazada, con eso sangraba bastante por unos días, pero prefería eso a tener una hija que le pasara lo mismo que a mí.

Volví a escapar de ahí, tomé el tren y llegué aquí a Juárez. Yo era muy desconfiada, aquí me metí a trabajar a una tienda, aunque ganaba poco pero con eso comía, además, dormía en la calle o donde fuera. Cuando la señora de la tienda supo que no tenía casa, me dejó quedarme en un cuartito como bodega. Siempre andaba buscando como hacer más dinero, me metí a trabajar a la maquila, recuerdo que un señor me hizo unos papeles para poder entrar a la maquila, a cambio de hacerle lo que más odiaba hacer, que era vender mi cuerpo. Pero eso fue bueno porque ya cuando entré, trabajé mucho y me iban pagando bien con trabajo honrado. Ahí conocí a mi viejito.

Al principio yo no le hacía caso, él me llevaba comida y yo la tiraba porque creía que me echaba algo, no sé. Él seguía ahí de insistente hasta que un día llegué llorando porque un viejo me siguió hasta donde tomaba el transporte; mi viejito estaba ahí y desde entonces empezó a ir por mi a mi casa y acompañarme al transporte. Poco a poco fui viendo que él se preocupaba por mí, y ándele, que nos casamos; viera que feliz somos.

Mi viejito todos los domingos me compra mi plato de menudo, me hizo mi casita y siempre me dice que me quiere. Él nunca me ha pegado y me trata como lo que soy, su mujer. No tuvimos hijos y ya estamos viejos, pero con nuestra pensión vivimos bien y me sigue cuidando. ¿Sí lo ha visto? Viene y me trae aquí al parque mientras él se va por mandado o a darse la vuelta a las segundas. Luego viene por mi y nos vamos a casa a comer y ahí nos estamos.

No todos los hombres son malos, yo soy afortunada porque me encontré con uno bueno, qué bueno que me subí a esos trenes que me trajeron hasta esta ciudad que me dio la vida después de sentirme en la muerte.

La obligación de migrar

El sol aún no había salido cuando tropezó por primera vez en su camino hacia Estados Unidos. La oscuridad total envolvía los espacios apartados de las ciudades y los pueblos que se encontraban a lo largo de la frontera entre México y el "sueño americano", como dos peones enfrentados en un tablero de ajedrez. Al cruzar la línea divisoria por Puerto Palomas, en Chihuahua, se sumergió en esa oscuridad.

Los aullidos de coyotes y el arrastre de serpientes la obligaron a mantener su mirada fija en el horizonte, en lugar de los surcos en la tierra que constantemente hacían tropezar su pie. Todo esto ocurría bajo un cielo adornado por miles de estrellas que se movían más rápido que ellos. Sí, le temía a los coyotes, a las serpientes y a los sonidos desconocidos que resonaban en sus pies al pisar el suelo. Sin embargo, tenía que estar alerta al crujir de las suelas de las otras cuatro personas que cruzaban junto a ella.

Aunque le temía a los coyotes tuvo que confiar en uno de ellos, o en lo que le dijeron que era uno. En este contexto algunas palabras adquieren distintos significados. El coyote en el que tenía que confiar no era un animal, sino un hombre cuyo "trabajo" es guiar a los migrantes hacia "el otro lado", refiriéndose a Estados Unidos.

Pero el coyote no avanzó más, se quedó atrás, justo en la línea que divide los dos países. Les informó que debían caminar dos horas en línea recta hasta encontrar un arbusto muy grande, cerca de la milla 106 de la carretera 9, paralela a la Interestatal 10, que pasa por Columbus, un pueblo del

condado de Luna. Una camioneta negra debía pasar, bajaría la velocidad, apagaría y encendería las luces. Muchos supuestos tendrían que cumplirse.

Conforme esperaban en el lugar señalado entendieron que aquel hombre no era de confiar y que el dinero tampoco era garantía en este "negocio"; que lo que le pagaron a aquel coyote no lo comprometía a cumplir el trato. Se quedaron ahí, tras el arbusto, mientras crecía el hambre, el calor, el miedo, la sed, y la desesperanza iba creciendo como la arena de un reloj de arena que no se volverá a invertir en mucho tiempo. La intensidad con que se deja alzar el sol atraído por el desierto puede resultar perturbadora. Lo vieron salir anunciándose con los tonos rojos detrás de las montañas y brillando con fuerza en el cénit, sintiéndolo cada vez más abrasador.

Consideraron brevemente la posibilidad de regresar caminando hacia México, pero el razonamiento les indicó que sería una mala idea volver a recorrer un camino que no recordaban debido a la falta de visibilidad, sin agua y bajo el implacable sol. Así que optaron por quedarse junto a la carretera, esperando que una de las numerosas camionetas de la Patrulla Fronteriza que habían avistado entre los matorrales se detuviera. Aunque sabían que serían arrestados, al menos tendrían la oportunidad de sobrevivir. En ese momento, cinco personas, tres hombres y dos mujeres, comprendieron que era hora de despertar del sueño americano.

Los agentes de la Patrulla Fronteriza, conocidos como "la migra", pasaron varias veces sin prestar atención a sus señales, como si quisieran castigar su audacia de cruzar el desierto sin invitación ni permiso. Sin embargo, una de las camionetas redujo su velocidad a las dos de la tarde. Ella

observa los uniformes verdes de los agentes cuando se acercan, mientras se preguntaba cómo había llegado hasta allí, en medio del desierto, a unos 1.200 kilómetros de distancia de sus hermanos y su hogar.

Tiempo atrás, salió de Ojo Caliente, Zacatecas, de la casa en la que vivía. Su hermano es un hombre campesino de 61 años que a diario sale junto con el sol para trabajar tierras ajenas. Con el dinero que generaron las manos de su hermano en contacto con la tierra, ella pudo pagar un coyote para buscar una mejor vida en Estados Unidos.

Así sucedieron las cosas porque siempre se le negó el trabajo por ser mujer. Estas frases se repetían en cada mina donde pedía una oportunidad: "es que eres mujer", "no vas a aguantar", "somos puros hombres". Entonces vino la acumulación de días de buscar trabajo, el que fuera, y con ellos la angustia, la desesperación y la impotencia de no conseguir ninguno. Una especie de depresión interrumpida sólo por una esperanza repentina. Hasta que un día se comunicó una prima de Houston para decirle que la apoyaba para que fuera a Estados Unidos a trabajar. La propuesta apareció en el momento en el que México de alguna manera la estaba expulsando.

Son las dos de la tarde y finalmente la suben a una camioneta de la Patrulla Fronteriza para llevarlos a la oficina de Migración, donde determinan enviarla a prisión. La encierran en una celda junto a unas veinte mujeres más, algunas de las cuales no son migrantes como ella, si no que están allí por delitos relacionados con drogas, violencia y armas. Tiene que vestir un uniforme color naranja y recibir un trato de indiferencia, como si fuera una delincuente.

Encadenan sus pies, caderas y manos. Sus pasos van lentos y tristes hacia una corte que debe juzgar sus actos. Recibe una

sentencia de cinco años sin poder solicitar una visa para ingresar a Estados Unidos. Regresa a su celda, donde sólo puede ver el sol una vez cada ocho días. Lee la biblia, reza y piensa en sus hermanos, en el rechazo de cada minuto. Llora mucho, durante horas y con muchas lágrimas.

En medio de todo el caos, piensa que al menos no está muerta, y eso basta. Come poco, duerme mucho y recuerda en exceso. Esta combinación perfecta la atormenta y la llena de pánico. Finalmente, sale de la cárcel. Al pisar suelo mexicano, siente un poco de alivio y seguridad, pero le avergüenza que alguien sepa que no le dieron trabajo por ser mujer. Le avergüenza haber sido estafada por un hombre que le robó su dinero con la promesa de llevarla a Estados Unidos. Le avergüenza haber vestido ese uniforme naranja, estar encadenada, encerrada y maltratada. Le avergüenza todo lo que le hicieron y que ella no hizo. Por eso, es simplemente "la mujer", sin nombre. La mujer expulsada.

La vergüenza la detuvo en esta frontera en la que prefirió quedarse antes de volver a su lugar de nacimiento. Hizo de este espacio su nuevo hogar y de sus amistades, su familia. A pesar que sentía que la vergüenza la seguía, tenía que buscar trabajo, y lo encontró en un bar donde podía platicar y beber al mismo tiempo que generaba dinero para comer. La vergüenza la llevó a la prostitución y esa misma vergüenza le permitía mandar dinero a su hermano hasta aquel rancho.

Un día, mientras trabajaba en esa barra, conoció a Javier, quien hizo que la vergüenza se esfumara. Él la amaba, pero no estaba listo para dejar a su familia que vivía en El Paso, Tx. Así que sólo venía a visitarla y a dejarle dinero durante 15 años, hasta que decidió pasar su vejez con esta mujer.

Ahora son felices y disfrutan de una vida tranquila con su

pensión. No necesitan mucho, ya que tienen lo necesario. Sin embargo, la vergüenza la embarga en ocasiones cuando le preguntan en qué trabajaba, y ella simplemente responde que trabajaba en una maquila.

Conocer a aquel hombre le enseñó que podía vivir con tranquilidad y que su pasado no la definía. A veces, cuando los recuerdos regresan, ella abraza a la vergüenza y le agradece por mostrarle un nuevo camino donde no es necesario idealizar un sueño para ser feliz.



Del perdón

Tanto desamor y tanto engaño, la vida no debe de ser así. Yo conocí muchas personas que sólo querían tener sexo. Por eso es mejor estar sólo con Dios, sin necesidad de que te engañen ni estar cuidando a nadie.

Viví pura violencia, para Dios no hay divorcios, yo todavía voy a cuidar a veces al papá de mis hijos a un asilo, aunque él se separó de mí.

Mis papás eran muy violentos conmigo, que tuve ganas hasta de matarlos, imagínese, que vida tan fea. La vida de cada quien es complicada y es diferente.

La única salida a todo eso es acercarse a Dios, una palabra de Dios da fe, da esperanza.

Yo estuve a punto de suicidarme, hasta ya de grande, porque no estaban mis hijos, mi esposo me dejó y me encerraron en un psiquiátrico. Aún así me pidió perdón y lo perdoné. Hay que dejar el pasado atrás, eso ya se quedó allí. La persona que vive en el pasado no va a tener futuro, hay que vivir el presente. Fíjese, todavía le cambié el pamper.

Yo creo que Dios acomoda todo, mi esposo me trataba muy mal, me golpeaba, a veces no me daba de comer y sólo comía enfrente de mí. Lo bueno es que a mis hijos sí les daba. Yo duraba hasta una semana sin comer, pero ni crea, cuando les estaba haciendo de comer, me echaba mis bocados sin que se diera cuenta. Una vez me vió y me agarró a patadas hasta que vomité lo poco que me comí.

Ahora voy una vez a la semana o hasta cada quince días al

asilo, lo atiendo ese día y ya los otros días vivo mi vida. Él tenía buen trabajo así que yo tengo su pensión, con ese dinero les compro mandadito a las del grupo, y yo vivo bien. Sólo hay tres cosas que le agradezco a ese hombre: que me haya sacado de la casa de mis papás, que les haya dado estudios a mis hijos, y que me haya dejado su pensión.

Me gusta estar aquí, platicar con otras viejas como yo. Creo que es el único momento en que nos sentimos bien, hasta aquí se nos quitan las dolencias. Aquí me ocupo, me siento importante, útil y hasta me siento artista, vea nadamás como quedó mi títere.



Un camino hacia arriba

La niña conoció muy temprano el olor a pan recién horneado. Nació en la casa de una panadera empeñada en contribuir con los gastos de la casa. Desde que empezó a ir al colegio aprendió a trabajar. Cada tarde, saliendo de la escuela, tenía la obligación de volver a casa para tomar una canasta grande de pan y venderlo.

Quizá pueda parecer poco, ya que las percepciones son subjetivas, pero al menos en su memoria, la niña que regresaba del colegio para vender pan y luego ayudar a su padre, un fotógrafo del pueblo que capturaba momentos en papel, no experimentó hambre, o si lo hacía, ya no lo recuerda.

Además del aroma del pan impregnado, hubo otros eventos en su infancia que, de no ser por su rutina y previsibilidad para los habitantes locales, cuando se observan desde este desierto, no encontrarían espacio en la lógica y se asentarían perfectamente en un mundo mágico de ficción y fantasía. Ella recuerda las veces en las que en su pueblo, al menos una vez al año, una lluvia torrencial descendía del cielo, dejando caer peces pequeños que aún estaban vivos. Estos peces saltaban en charcos, y los niños los recogían para llevarlos a casa y cocinarlos.

La niña que todos los días percibía el olor del pan recién horneado, la que aprendió a usar una cámara, y la que presenció la lluvia de peces como si fuera común, ahora se encuentra lejos. No solo en el tiempo, sino también en la distancia.

La niña le queda lejos. Los eventos que han marcado su vida no son los que recuerda de su campo, ni son pasivos como ausencias: la marcó el hambre, el frío, los golpes y los gritos como método de convivencia, una especie de esclavitud y el nivel de pobreza con que se puede catalogar a un indigente.

Madre de tres hijos, sabe que la marcó Ciudad Juárez y un hombre con complejo de boxeador sólo con ella, con el que todavía le alcanza el optimismo para sentirse agradecida. Recuerda que, una tarde, ella caminaba por un parque ofreciendo fotografías. Un grupo de hombres le compró una y le pidió que los acompañara al festejo por el cumpleaños de uno de ellos, que fuera su fotógrafa para el evento.

Las razones para migrar son variadas: la de ella entraría en el catálogo de los apasionados, de las personas dominadas por sus emociones, las que piensan las cosas cuando ya las hicieron, las de pies motivados por impulsos. —Es que me enamoré de una manera tan pendeja —dice ella como si lo hubiera analizado bastante, pero ya muy tarde.

Aún así se lanzó como el trapecista que tiene un arnés y un cable de seguridad. Visitó tres veces Ciudad Juárez como turista. Al cuarto viaje quitó el arnés y el cable. Hizo maletas, tomó a sus hijos y se lanzó al vacío. Llegó con sus hijos para vivir con él, y experimentó una estrepitosa caída que no había visto a pesar de que estaba ahí, discretamente anunciada desde el día en que él le compró los boletos de avión sin consultarla.

Detallar los abusos resulta innecesario. Escribir sobre puñetazos, patadas y malos tratos sería injusto porque a pesar de ser marca, no es destino. Una página sin pausa que ella dejó atrás, basta decir que no se lo desea a nadie. Conoció el odio y el hambre; no alcanzó a entender razones ni orígenes

de esa conducta; abrir el refrigerador para alimentar a los hijos podía ser la mayor afrenta; tuvo una hija a la que le dolió amamantar porque no generaba leche; que fue un saco de box, una sirvienta y una satisfacción sexual, después una madre cuyo embarazo fue durísimo y luego una mujer atrapada en una ciudad ajena. No puede sacar a su hija de aquí por cuestión de trámites legales y disputas con el padre de la niña.

Salió a buscar trabajo una y otra vez, pero en todos los lugares fue rechazada. Se volvió rutina salir de hombros caídos y ojos llorosos al de un sitio e intentar en otro. Llegó a pensar que quizá la mejor opción para sus hijos era que ella muriera. Tal vez alguien, el papá de la niña menor, el DIF, alguien los alimentaría. Lanzarse a una avenida frente a un camión le parecía una imagen posible, una muerte por atropellamiento que llevara comida a la boca de sus hijos.

— Bueno, creerás que no pasaron autos pesados cuando lo estaba pensando. —Ahora, a muchos años de distancia, ella sonríe y dice: — Sí, claro que sí me siento y estoy mejor. Yo nunca pensé que esa situación iba a estar así para siempre. Yo decía, yo voy a salir adelante, yo voy a encontrar un trabajo para educar a mis hijos, para que coman mejor. Y sí, ha sido un camino hacia arriba. Para adelante, para adelante.

— Uno se da cuenta de lo fuerte que es, tengo todas estas feas experiencias pero han sido para demostrarme que sí se puede, sí se puede salir adelante, todo es cosa de que te caigas, llores y vuelvas a andar. En esta ciudad vivimos tantos que sí hay oportunidades para todos, sólo es seguir buscando y buscando hasta que toques la puerta correcta.

-Todas esas feas experiencias desaparecen cuando veo a mis hijos y a mis nietos. Mi nieta más grande se quiso ir a vivir conmigo, yo la quiero mucho y ella siempre ve por mi, tiene 17 años y va a la prepa. Dice que quiere ser abogada y se parece

tanto a mi, pero en esta vida sus papás la quieren mucho, le dan estudios y tiene a esta abuela que la cuida y le compra sus cosas. Yo trabajé duro y lo sigo haciendo, vendo mi comida y a la gente le gusta, mi nieta me ayuda. A veces, imagino que ella va a hacer todo lo que yo hubiera querido, dice que no se va a casar y eso me hace feliz y me da tranquilidad, yo quiero que ella sea feliz y que haga su carrera sin que un hombre la golpeé; pero ni crea, ella se defiende, no le digo que va a ser abogada.



Sobre nutrición

A veces no le damos la importancia que debemos a la comida, yo no como nada de carnes rojas porque se inflama el intestino. Es necesario comer muchas verduras. Pero de verdad, no hay que comer carne, nada de carne.

Hay que darse el tiempo de preparar todos los alimentos, aparte de eso tenemos que hacer ejercicio, salir a caminar o a correr, tomar muchos jugos verdes.

Yo le aconsejaría a las personas jóvenes hacer mucho ejercicio, comer bien y leer, leer mucho. Yo no tuve televisión, eso es pura pérdida de tiempo, necesitan aprovechar su tiempo. Yo tengo libros hasta en el baño, hay que tener libros en todas partes para que los hijos puedan tomarlos donde sea.

Yo soy de Veracruz, llegué aquí hace 24 años, estuve en Xalapa, después en la Ciudad de México. En todas partes te encuentras personas enfermas y es por lo que comen, yo lo que podría decir es que no coman carne y esa es la clave de una vida saludable.

Caminar

Amparo tiene 62 años. Tiene 20 años viviendo en la colonia, hace 35 años que llegó a Juárez desde Puebla. Llegó primero a rentar en la colonia Altavista, hacía el centro de la ciudad. Después, con el tiempo pudo comprar un terreno en el que finalmente logró fincar su casa.

El frío de los inviernos largos y gélidos pesaba especialmente en ella desde que llegó con una de sus hijas. En aquel entonces, la colonia no era como ahora, estaba repleta de terrenos baldíos por todas partes, casi desierta, eso es lo que recuerda.

Ha entablado muchas amistades gracias al taller. Al principio pensaba que era una pérdida de tiempo, pero un día pasó y vio a todas bailando. Como a ella le encanta bailar, se acercó y desde aquel día no ha dejado de asistir. Incluso llama y vuelve a llamar a la encargada de los talleres para asegurarse de que no los cancelen.

— Me parece muy bien, porque ya no trabajo y me aburro de estar en la casa. Ya hace tiempo que dejé de trabajar limpiando casas —cuenta.

— Este títere me llevó hacerlo dos meses, nunca había hecho manualidades. También me gusta venir porque camino bastante. Mi hijo me acompaña y me sirve de ejercicio.

Piensa que ojalá organicen otro taller similar para seguir con la rutina de caminar y platicar con sus amigas.

El corazón de Carmina

Con las manos congeladas de frío y la cara llena de cortaduras y resequedad, va Carmina, recorriendo paso a paso, la calle llena de tierra que apenas le permite deslizar su andador. Camina con mucho cansancio, pero la motiva el hambre de no haber comido durante varios días; llega al parque donde se reúne con un grupo de señoras a platicar, pintar y comer.

Ahí está una mujer que nació con discapacidad motriz. Fue hasta los 8 años que comenzó a caminar con andador, pues su distrofia muscular no se lo permitía. Carmina creció con sus abuelos, quienes la cuidaban y veían por ella. Pero un día dejó de verlos y no lograba entender qué les había pasado. Uno de sus tíos comenzó a cuidarla, sin embargo, él le hacía tocamientos que no le gustaban, hasta que un día quedó embarazada. Carmina tiene un hijo de ese hombre quien tenía por obligación cuidarla y, que todo lo contrario, la sometió a más dolor al tener que cargar con un vientre de aproximadamente 6 kg. Ella cuenta que no podía levantarse de la cama desde que tenía 4 meses de embarazo.

Le mataron al tío y ella se puso muy contenta, desde entonces ha criado sola a su hijo. Las señoras del grupo la procuran y le dan de comer. "Ese pelado" como le dicen, la maltrata y solo le quita las cosas y el dinero que le dan.

—Mi hijo me cuida y yo le busco el taco; el lava carros y parquea en las segundas, a veces me da dinero y cuando no tenemos, vendemos las cosas de la casa. Yo vivo en una tapia y tengo frio, él vendió el calentón que me dio Vicky.

—Mejor me vengo aquí porque de aquí me voy con la señora y su casa está calientita y aquí como y me dan taco para mi hijo, le llevo para que no agarre su mugrero que le quita el hambre.

Doña Ángeles se enoja

— La verdad ya no sé qué es este títere, era hombre pero alguien le puso labial de vieja, y esto de aquí debería ser negro y le pusieron los ojos chuecos, eso es lo que no me gustó a mí.

— Cuando yo lo trabajé no tenían este color.

— A mí no me gusta ese color, no se debe prestar a la otra porque no me gusta.

— Cada semana venía, una vez me enfermé y mire.

— El pelo sí se lo puse yo, eso sí me gustó.

Regaña al instructor:

— Te dije que no se lo prestaras a nadie.

— Le podemos pintar los ojos —le responde. —Y le hacemos una boca más chiquita y de un color más neutro.

— Ándele ya ve —se ríe y le cambia el semblante, se pone contenta.

— Necesito que no haya ruido para que pueda escucharlo —dice y se enoja de nuevo, —deberían quitar la música —entonces bajan el volumen y doña José sonríe al escuchar a las demás gritar "hey pongan la música de nuevo", una sonrisa se asoma y al tener su atención les dice que por qué pintaron su títere. Se acerca la más renegada del grupo como le dicen, se ríe y le dice que fue ella, que se confundió de títere y pintó el suyo. Se sienta cerca y pide un pincel para ayudarla a quitarle ese labial rojo, se ríe y le dice: "si le quedó de puta", sueltan la carcajada en coro mientras cada una pinta su títere a su gusto.

Palabras del alma

Estas mujeres, con una gran sonrisa en su rostro y sus ojos cristalizados, dejan impresas en estas páginas sus historias de vida y quieren ofrecer apoyo a aquellas personas que estén pasando por momentos difíciles. Comparten mensajes de amor que les gustaría lo leyeran quienes lo necesiten:

-La vida no puede ser siempre cruel, se trata de buscar como estar mejor.

-Aunque sientas que estas sola, mira bien alrededor, puede que esté alguien bueno que te ayudará sin pedir nada a cambio.

-En una ciudad tan fea, hay gente bonita.

-Uno se cambia de ciudad para mejorar, si ves que a donde llegaste no mejoraste, pues cámbiate otra vez.

-Ya con respirar significa que vales mucho.

-A veces es bueno llorar porque sacas todos tus problemas, ya con los ojos limpios y secos puedes ver las cosas diferente.

-Que bueno que haya gente que te hacen la vida mejor.

-No pierdan la esperanza.

-A una vieja y sola parece que nadie le hace caso, pero tenemos mucho que decir porque nosotras ya vivimos.

Galería de fotos



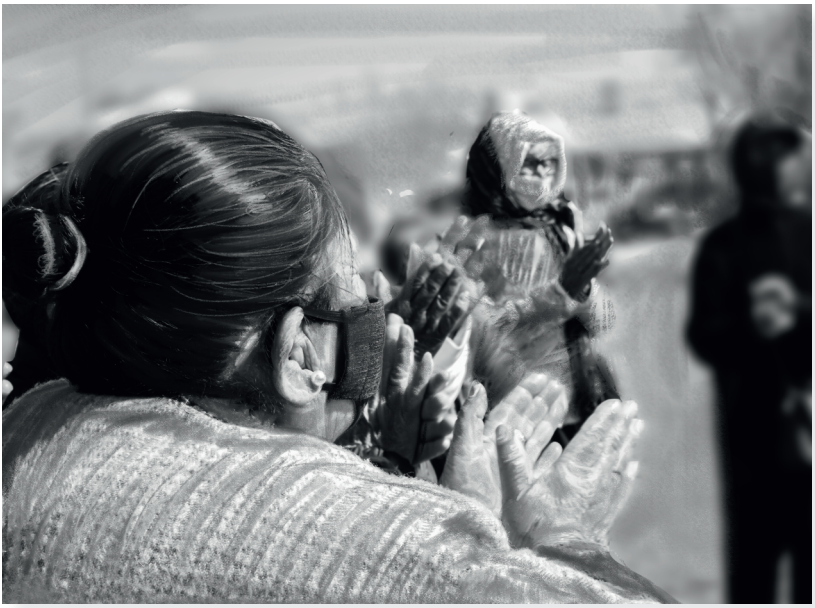

Tribe of Judah
Glory!
Praise!















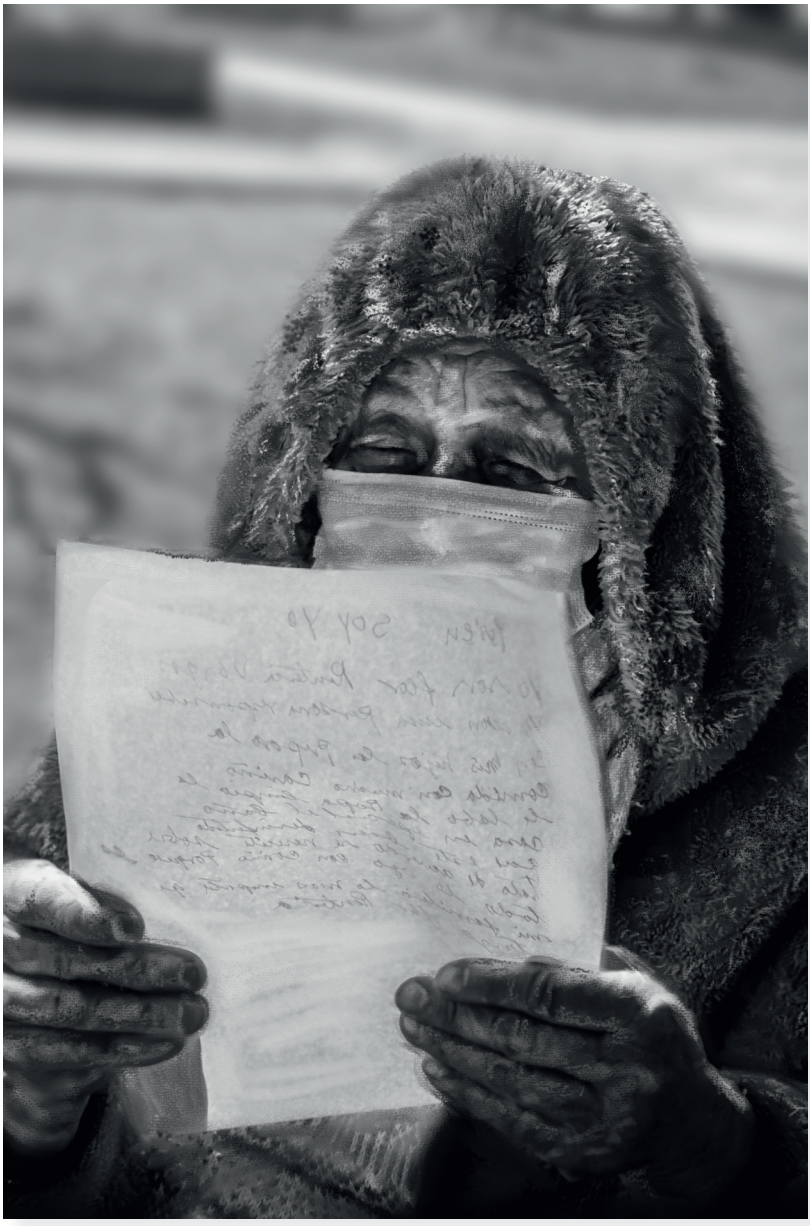














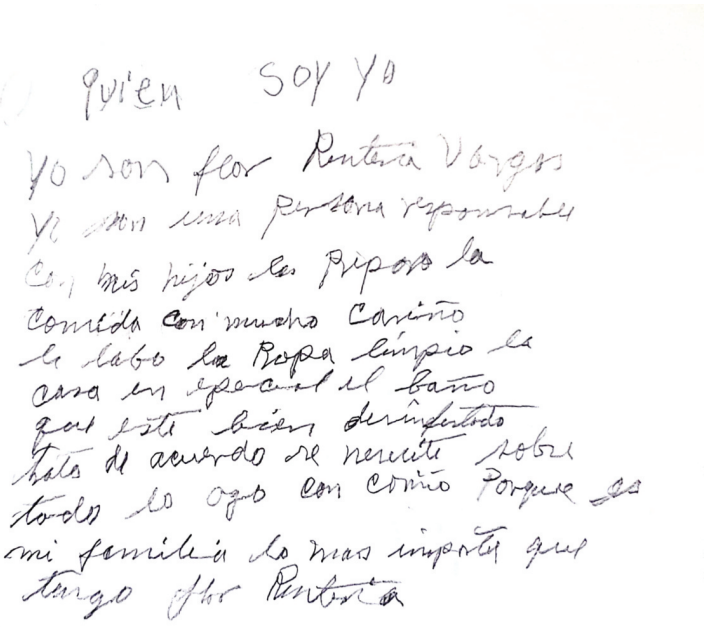




¿Quién soy?

Soy Flor.

Soy una persona responsable con mis hijos, les preparo la comida con mucho cariño. le lavo la ropa, limpio la casa, en especial el baño, que esté bien desinfectado. Todo lo hago con cariño porque mi familia es lo más importante que tengo. Flor.


Quien soy yo

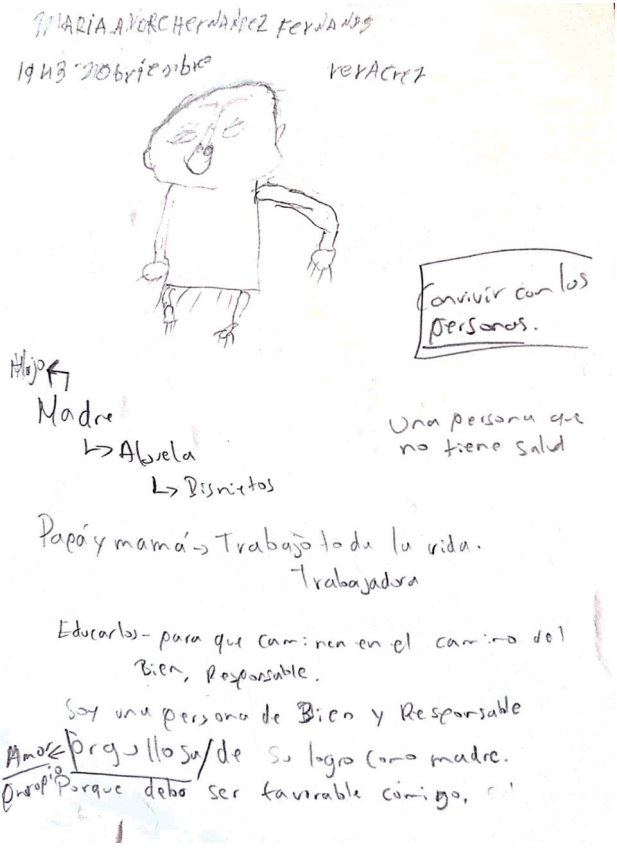
Yo soy flor Renteria Vargas
Yo soy una persona responsable
Con mis hijos les Preparo la
Comida con mucho Cariño
le labo la Ropa limpio la
casa en especial el baño
que esté bien desinfectado
todo lo hago de acuerdo se necesita sobre
todo lo hago con Cariño Porque es
mi familia lo mas importe que
tengo flor Renteria

Soy María.

Nací en noviembre de 1943, en Veracruz. Me gusta convivir con las personas, soy una persona que no tiene salud, mi papá y mamá eran muy trabajadores.

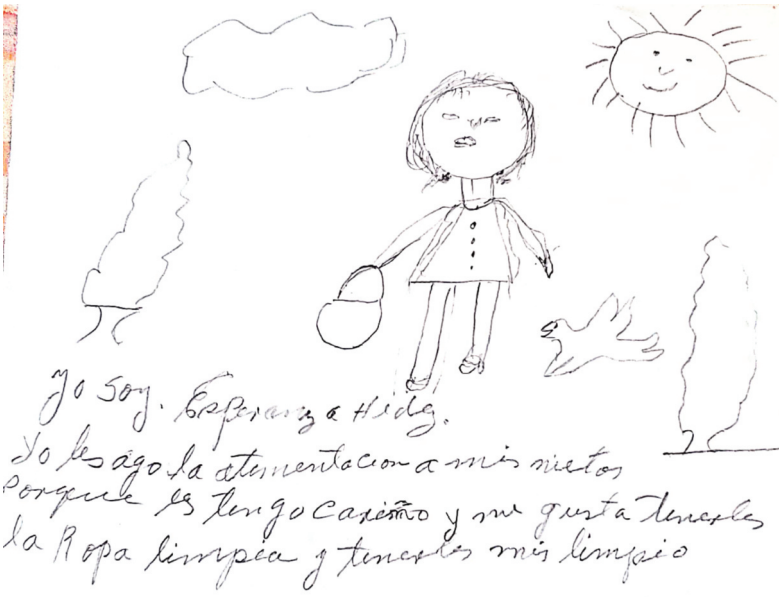
Eduqué a mis hijos para que caminen por el camino del bien, son responsables. Soy una persona de bien y responsable.

Soy amor, estoy orgullosa de mi logro como madre. Porque debo ser favorable conmigo.



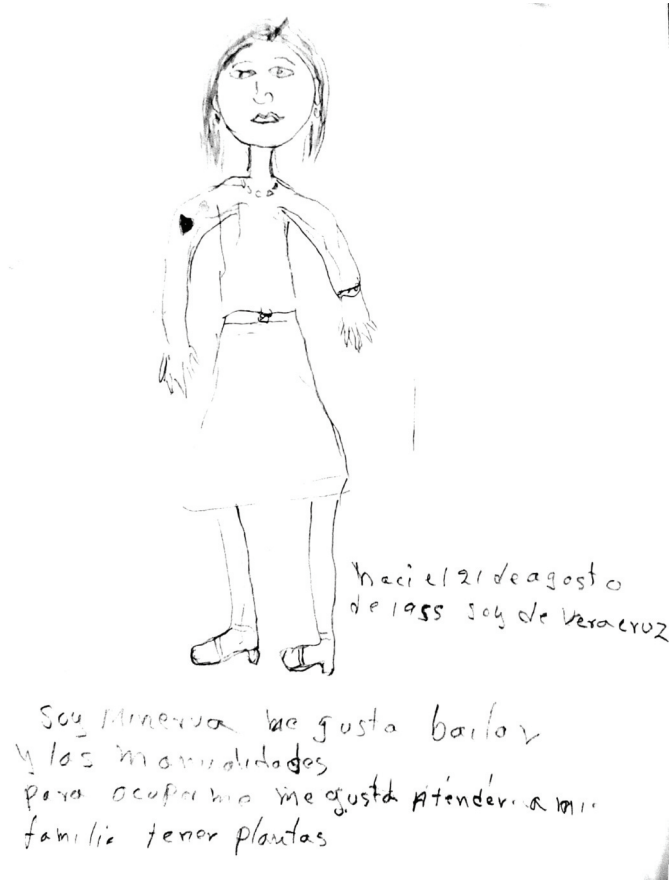
Yo soy Esperanza.

Yo les les hago comida a mis nietos porque les tengo cariño, me gusta tenerles la ropa limpia y tenerles muy limpio.



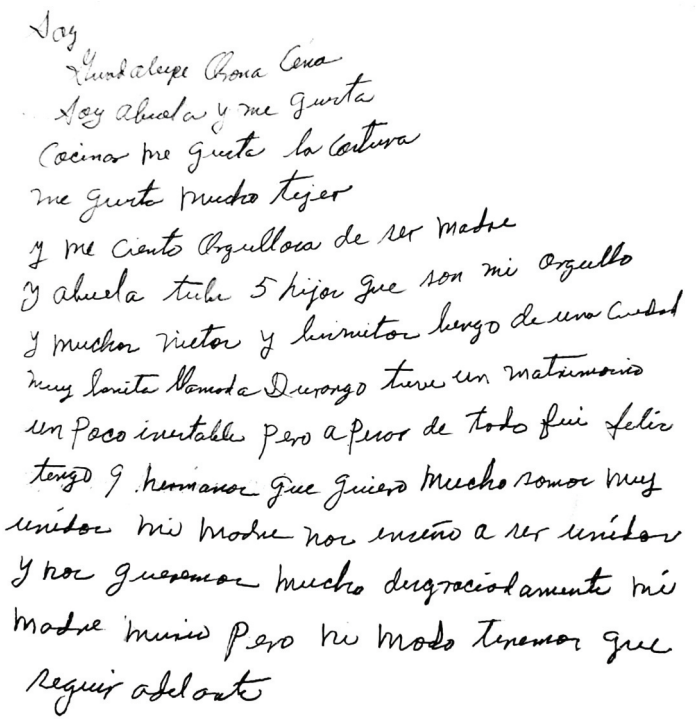
Soy Minerva.

Nací el 21 de agosto de 1995, soy de Veracruz. Me gusta bailar y las manualidades, para ocuparme me gusta atender a mi familia y tener plantas.



Soy Guadalupe.

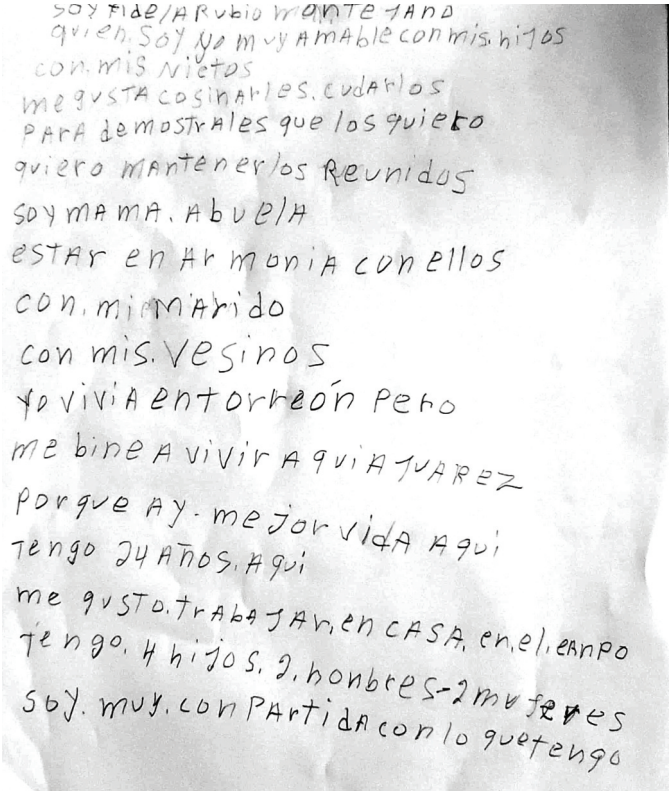
Soy abuela y me gusta cocinar, me gusta la costura, me gusta mucho tejer y me siento orgullosa de ser madre y abuela, tuve cinco hijos que son mi orgullo y muchos nietos y bisnietos. Vengo de una ciudad muy bonita llamada Durango, tuve un matrimonio, un poco inestable, pero a pesar de todo fui feliz, tengo 9 hermanos que quiero mucho, somos muy unidos, mi madre nos enseñó a ser unidos y nos queremos mucho, desgraciadamente mi madre murió pero nimodo, tenemos que seguir adelante.


Soy
Guadalupe Rosa Cera
Soy abuela y me gusta
Cocinar me gusta la costura
me gusta mucho tejer
y me siento orgullosa de ser madre
y abuela tuve 5 hijos que son mi orgullo
y muchos nietos y bisnietos vengo de una ciudad
muy bonita llamada Durango tuve un matrimonio
un poco inestable pero a pesar de todo fui feliz
tengo 9 hermanos que quiero mucho somos muy
unidos mi madre nos enseño a ser unidos
y nos queremos mucho desgraciadamente mi
madre murio pero ni modo tenemos que
seguir adelante

Soy Fidela.

Soy muy amable con mis hijos, con mis nietos. Me gusta cocinarles, cuidarlos para demostrarles que los quiero, quiero mantenerlos reunidos. Soy mamá, abuela y quiero estar en armonía con ellos, con mi marido y mis vecinos. Yo vivía en Torreón pero me vine a vivir para acá porque hay mejor vida aquí.

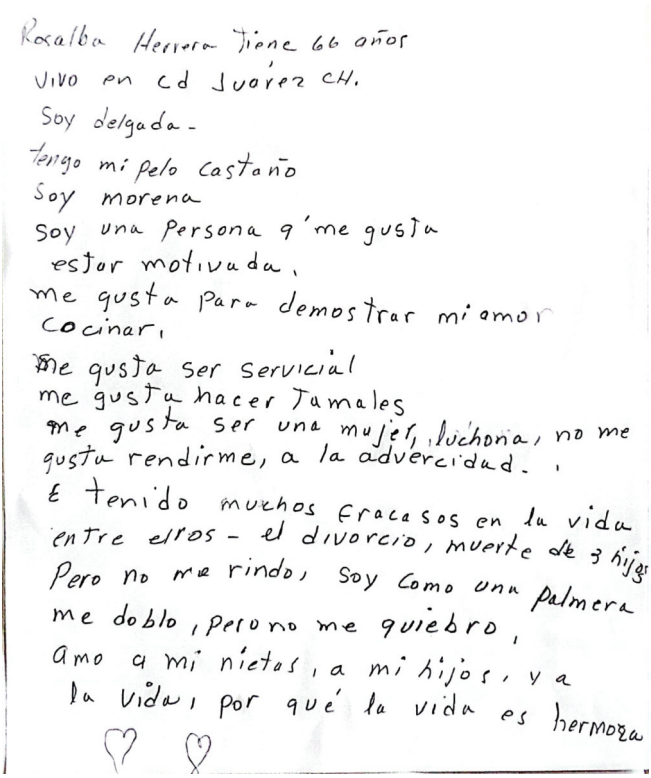
Me gusta trabajar en casa, en el campo. Tengo 4 hijos, 2 hombres y 2 mujeres. Soy muy compartida con lo que tengo.



Soy Rosalba.

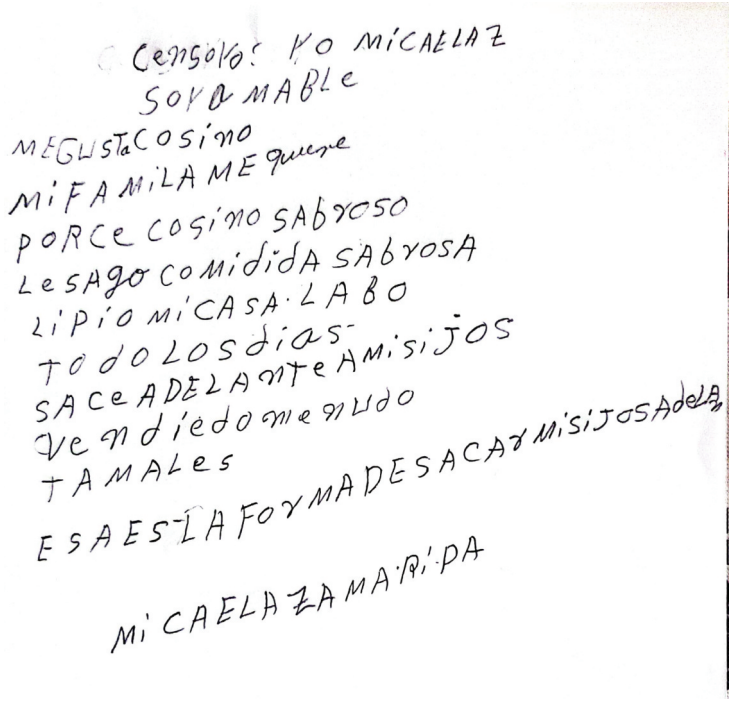
Tengo 66 años, vivo en Juárez, Chihuahua. Soy delgada, tengo pelo castaño. Soy morena. Me gusta: estar motivada, para demostrar mi amor cocinar, ser servicial, hacer tamales, ser una mujer luchona.

No me gusta rendirme a la adversidad. He tenido muchos fracasos en la vida, entre ellos el divorcio, la muerte de tres hijos. Pero no me rindo, soy como una palmera, me doblo pero no me quiebro. Amo a mis nietos, a mis hijos y a la vida porque la vida es hermosa.


Rosalba Herrera Tiene 66 años
vivo en cd Juarez CH.
Soy delgada-
tengo mi pelo castaño
Soy morena
Soy una persona q' me gusta
estar motivada,
me gusta para demostrar mi amor
cocinar,
me gusta ser servicial
me gusta hacer Tamales
me gusta ser una mujer, luchona, no me
gusta rendirme, a la adversidad.
E tenido muchos fracasos en la vida
entre ellos - el divorcio, muerte de 3 hijos
Pero no me rindo, Soy como una palmera
me doblo, pero no me quiebro,
amo a mi nietos, a mi hijos, y a
la vida, por qué la vida es hermoza

Soy Micaela.

Soy amable, me gusta cocinar, mi familia me quiere porque cocino sabroso, les hago comida sabrosa, limpio mi casa, lavo todos los días, saqué adelante a mis hijos vendiendo menudo, tamales, esa fue la forma de sacar a mis hijos adelante.

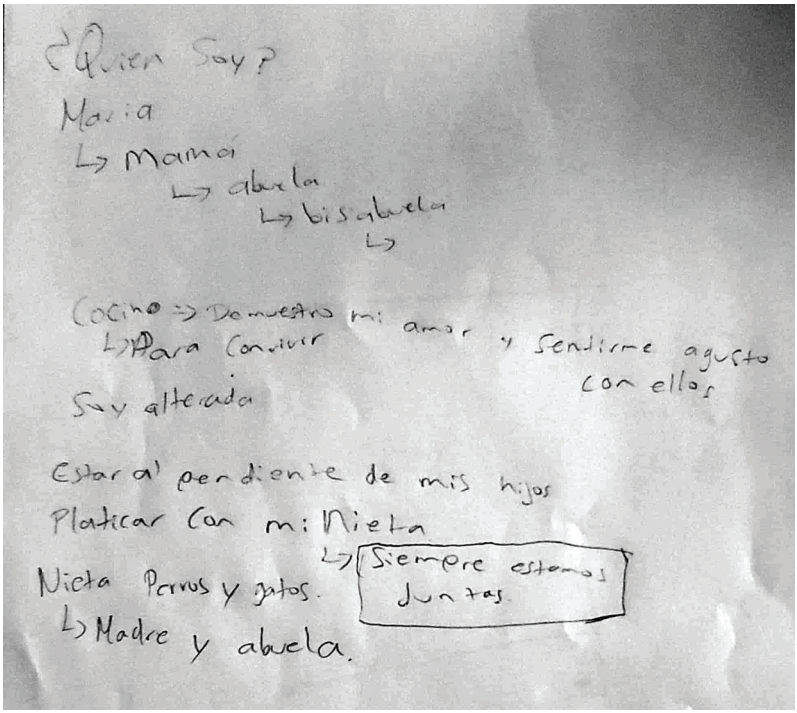


Soy María.

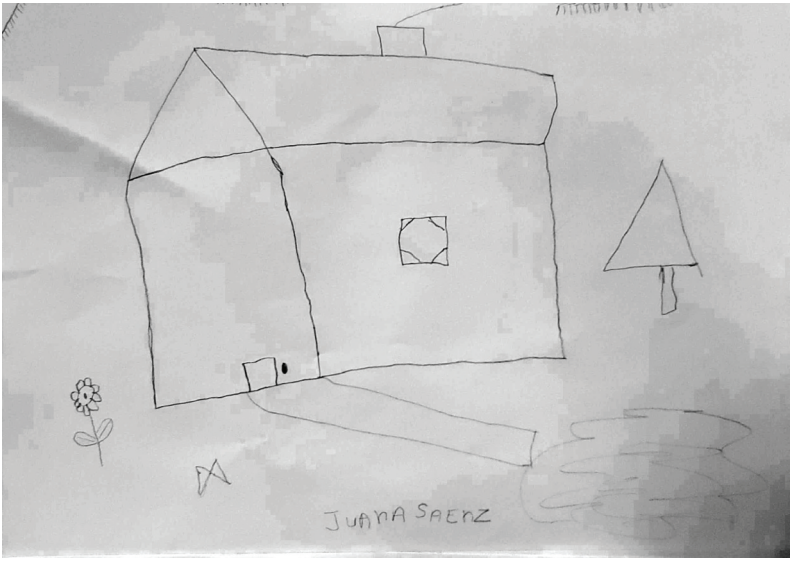
Mamá, abuela, bisabuela.

Cocino: demuestro mi amor y sentirme agusto con ellos.

Soy alterada. Estar al pendiente de mis hijos, platicar con mi nieta, siempre estamos juntas.



Soy Juana.

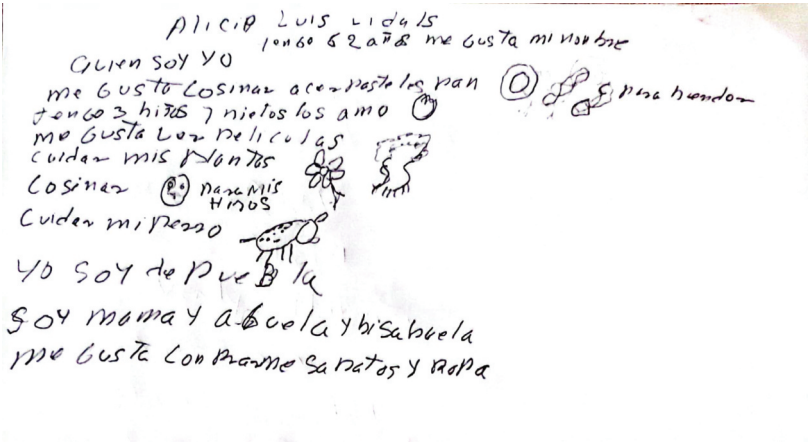


Soy Fabiola.
Me gusta mucho lavar, cocinar. También la cocina y las novelas.



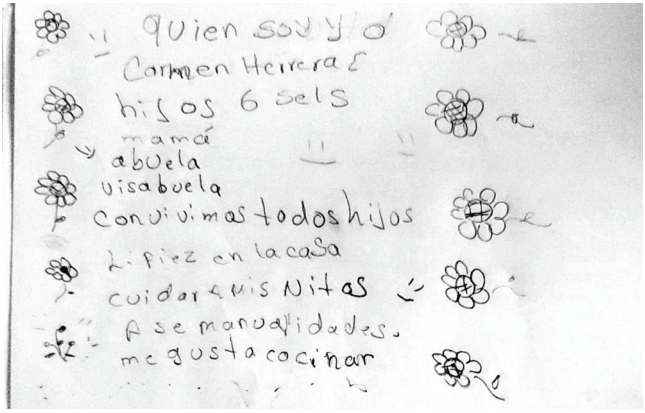
Soy Alicia.

Tengo 62 años. Me gusta mi nombre, me gusta cocinar, hago pasteles, pan. Tengo 3 hijos y 7 nietos, los amo. Me gustan las películas, cuidar mis plantas, cocinar para mis hijos, cuidar a mi perro. Yo soy de Puebla, soy mamá, abuela y bisabuela. Me gusta comprarme zapatos y ropa.



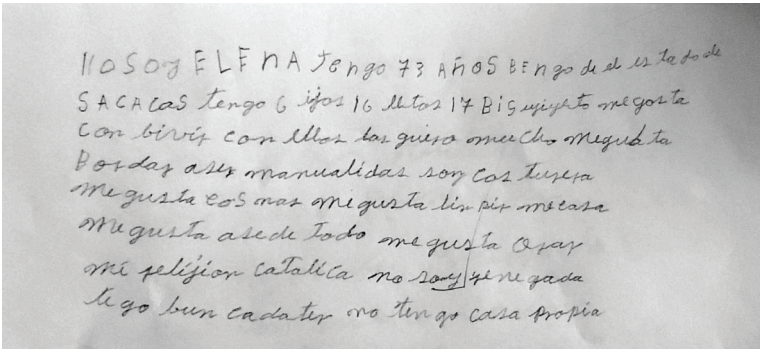
Soy Carmen.

Tengo 6 hijos, soy mamá, abuela y bisabuela. Convivimos todos, limpio la casa, cuido a mis nietos, me gusta hacer manualidades y cocinar.



Soy Elena.

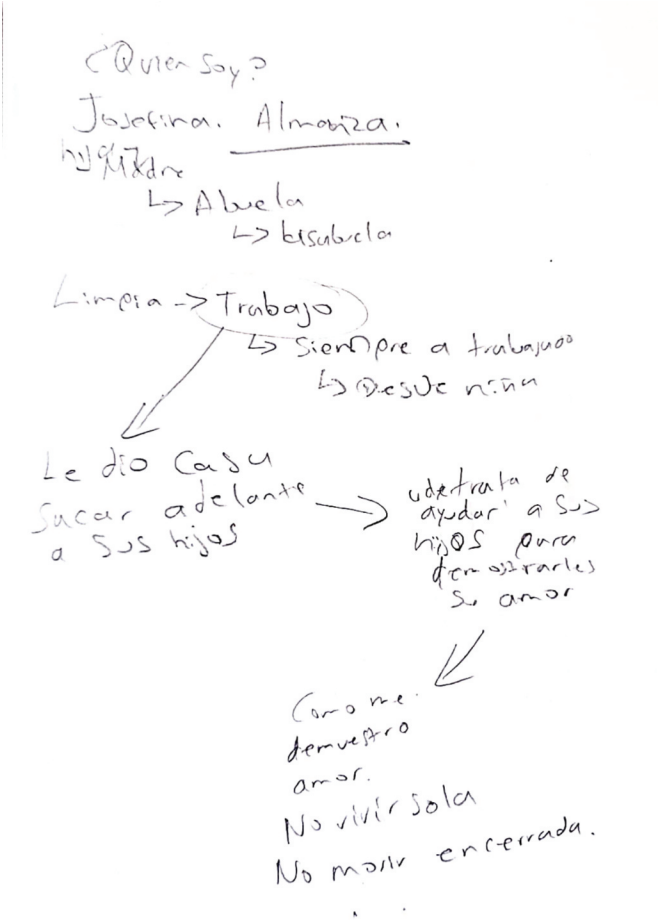
Tengo 73 años, vengo del estado de Zacatecas, tengo 6 hijos, 16 nietos y 17 bisnietos. Me gusta convivir con ellos, los quiero mucho. Me gusta bordar, me gusta hacer manualidades, soy costurera, me gusta cocinar, limpiar mi casa, hacer de todo, orar, mi religión católica. No soy renegada, tengo buen carácter, no tengo casa propia.



Soy Josefina.

Soy madre, abuela y bisabuela. Siempre he trabajado desde niña. El trabajo me dio casa para sacar adelante a mis hijos.

Trato de ayudar a mis hijos para demostrarles mi amor, me demuestro amor no viviendo sola y no quiero morir encerrada.



Soy Toña, hago pan para vender y champurrado. y también para mis hijos.



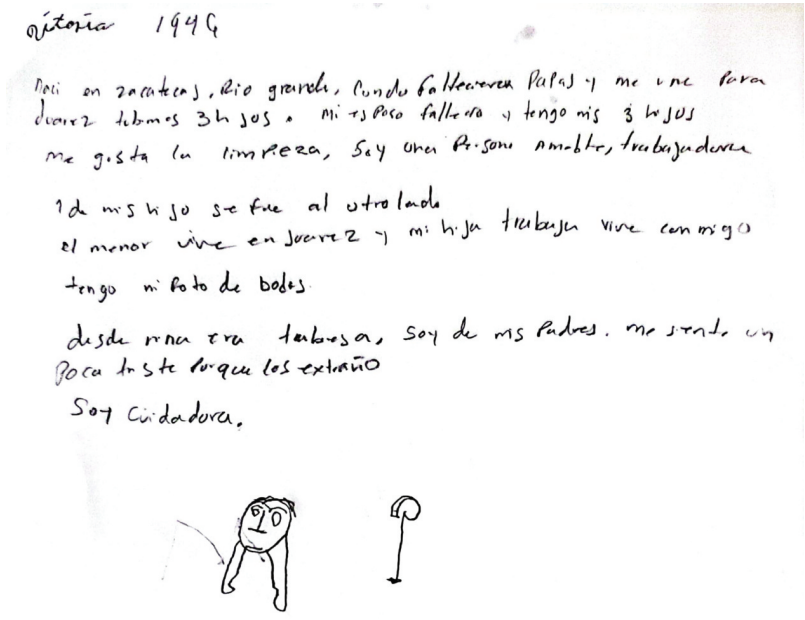
Soy Lucina.
Me gusta cocinar para mis hijos.



Soy Victoria.

1946. Nací en Zacatecas, Rio Grande. Cuando fallecieron mis papás y me vine para (Ciudad) Juárez tuvimos tres hijos. Mi esposo falleció y tengo mis tres hijos. Me gusta la limpieza, soy una persona amable, trabajadora. Uno de mis hijos se fue al otro lado, el menor vive aquí en Juárez y mi hija vive conmigo.

Tengo mi foto de bodas, me casé de blanco. Desde niña era traviesa. Soy de mis padres, me siento un poco triste porque los extraño. Soy cuidadora.




arte en el
parque
Asociación Civil